

## Manteniendo Nuestra Mirada Fija en Cristo en Medio de la Tormenta



### Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Gracia y paz para ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Hay momentos en la vida en los que las tormentas parecen no tener fin.

Un padre o una madre permanece despierto por la noche preocupado por un hijo que se ha alejado de la fe. Un esposo o una esposa lucha por mantener viva la esperanza en un matrimonio herido. Una familia se pregunta cómo pagará la próxima factura. Alguien recibe un diagnóstico médico que cambia su vida. Una persona anciana permanece sola, esperando una visita, una llamada telefónica o simplemente una señal de que no ha sido olvidada.

Muchos cargan cruces ocultas: tristeza, ansiedad, decepción, soledad y lágrimas silenciosas que sólo Dios conoce. Si esta es tu realidad hoy, escucha estas palabras: **el Señor te ve**. Él conoce tus luchas. Escucha tus oraciones, incluso aquellas que nunca llegan a pronunciarse. Camina a tu lado, aun cuando su presencia parezca escondida.

Al reflexionar sobre las palabras de San Bonifacio, obispo y mártir, me llamó profundamente la atención la imagen que presenta de la Iglesia como una nave que atraviesa el océano de este mundo. El mar no siempre está en calma. Los vientos pueden ser fuertes y las olas amenazan con desbordarnos. A veces la oscuridad parece envolverlo todo.

Al observar nuestro mundo actual, comprendemos perfectamente lo que quiso decir. Vemos familias bajo presión. Vemos comunidades divididas por la ira y la desconfianza. Somos testigos de la violencia, la soledad y la incertidumbre sobre el futuro. Muchos buscan sentido a sus vidas mientras se alejan cada vez más de Dios. Los jóvenes luchan por encontrar dirección y propósito. Los enfermos, los ancianos y los olvidados llevan cargas que a menudo pasan desapercibidas.

Recordamos también a nuestros hermanos y hermanas de Haití y de toda la diáspora haitiana. Muchos continúan sufriendo violencia, inestabilidad, pobreza, desplazamiento e incertidumbre. Familias enteras permanecen separadas por circunstancias que escapan a su control. Sin embargo, incluso en medio de estas dificultades, la fe del pueblo de Dios sigue brillando con fuerza. Su perseverancia nos recuerda que la esperanza no es la ausencia del sufrimiento, sino la certeza de que Dios permanece presente en medio de él.

San Bonifacio vivió también tiempos difíciles. Enfrentó oposición, incertidumbre y peligro. Lo más admirable de él no fue solamente su valentía, sino la fuente de esa valentía. No confió en sí mismo; confió en Cristo.

Reconocía sus debilidades y conocía sus temores. Sabía que la misión que Dios le había confiado era más grande que sus propias capacidades. Sin embargo, siguió adelante porque creía que el Señor que lo había llamado también le daría la fuerza necesaria para perseverar. Esta lección sigue siendo fundamental para nosotros hoy.

Con demasiada frecuencia intentamos cargar nuestras cruces solos. Confiamos únicamente en nuestros planes, nuestros recursos y nuestro propio entendimiento. Cuando llegan las dificultades, nos sentimos desanimados y abrumados. Pero el Señor nos invita constantemente a poner nuestra confianza en Él.

El libro de los Proverbios nos dice: *«Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia.»* Estas palabras son más que un consejo espiritual; son un camino hacia la paz. La confianza no elimina la tormenta, pero nos mantiene firmemente anclados en Aquel que es más grande que cualquier tormenta.

Como miembros de la Iglesia de Cristo, estamos llamados no sólo a resistir, sino también a dar testimonio. El mundo no necesita más voces de miedo, división o desesperanza. Necesita hombres y mujeres cuya vida proclame que Cristo está vivo. Necesita cristianos que perdonen cuando sería más fácil guardar resentimiento. Que sirvan cuando sería más cómodo retirarse. Que mantengan la esperanza cuando otros se rinden al desaliento. Que permanezcan fieles cuando el camino se vuelve difícil.

Queridos amigos, ahora no es el momento de abandonar la nave. Ahora no es el momento de cansarnos de hacer el bien. Ahora no es el momento de guardar silencio sobre nuestra fe. **Ahora es el momento de orar con más profundidad. Ahora es el momento de confiar más plenamente. Ahora es el momento de amar con mayor generosidad. Ahora es el momento de permanecer firmes junto a Cristo y junto a nuestros hermanos.**

Si hoy estás luchando, no pierdas el ánimo. Si te sientes olvidado, recuerda que Dios no te ha olvidado. Si llevas una cruz pesada, recuerda que Cristo la lleva contigo. Si estás de duelo, recuerda que la Resurrección tiene la última palabra. Si te sientes desalentado, recuerda que la gracia de Dios es más grande que cualquier prueba.

Durante más de dos mil años, la Iglesia ha atravesado tormentas. Ha soportado persecuciones, divisiones, sufrimientos y desafíos innumerables. Sin embargo, continúa navegando porque Jesucristo sigue siendo su guía.

El mismo Señor que calmó la tempestad en el mar de Galilea continúa guiando a su Iglesia hoy. No nos ha abandonado. Y nunca lo hará. Que mantengamos siempre nuestra mirada fija en Cristo, nuestro refugio, nuestra fortaleza y nuestra esperanza. Y cuando los vientos arrecien y las olas se eleven, recordemos esta verdad: **El lugar más seguro no es donde no hay tormentas. El lugar más seguro es donde está Cristo.**

Que el Señor bendiga a ustedes y a sus familias. Que fortalezca a los cansados, consuele a los afligidos, sane a los enfermos, proteja a los vulnerables y renueve la fe de su pueblo.

Confianto a cada uno de ustedes al amor maternal de la Santísima Virgen María, Estrella del Mar, me despido,

En Cristo,

**P. Vilaire Philius**

Párroco

## Garder les Yeux Fixés sur le Christ au Milieu de la Tempête

### Chers frères et sœurs dans le Christ,

Que la grâce et la paix de Dieu notre Père et du Seigneur Jésus-Christ soient avec vous. Il y a des moments dans la vie où les tempêtes semblent ne jamais finir.

Un père ou une mère s'inquiète pour un enfant qui s'est éloigné de la foi. Un époux ou une épouse lutte pour garder l'espérance vivante dans un mariage éprouvé. Une famille se demande comment payer la prochaine facture. Une personne reçoit un diagnostic médical bouleversant. Une personne âgée demeure seule, attendant une visite, un appel ou simplement un signe qu'elle n'est pas oubliée.

Beaucoup portent des fardeaux cachés : le deuil, l'anxiété, la solitude, la déception et des larmes que Dieu seul connaît. Si telle est votre réalité aujourd'hui, écoutez ces paroles : **le Seigneur vous voit**. Il connaît vos combats. Il entend vos prières, même celles qui ne trouvent pas de mots. Il marche à vos côtés, même lorsque sa présence semble voilée.

En méditant les paroles de saint Boniface, évêque et martyr, j'ai été profondément touché par l'image qu'il donne de l'Église comme un navire traversant l'océan de ce monde. La mer n'est pas toujours calme. Les vents se lèvent. Les vagues deviennent menaçantes. Parfois, l'obscurité semble tout envahir.

En regardant notre monde aujourd'hui, nous comprenons parfaitement cette image. Nous voyons des familles sous pression. Nous voyons des communautés divisées par la colère et la méfiance. Nous sommes témoins de la violence, de la solitude et de l'incertitude. Beaucoup cherchent un sens à leur vie tout en s'éloignant de Dieu. Les jeunes peinent à trouver une direction et un but. Les malades, les personnes âgées et les oubliés portent souvent des fardeaux que personne ne remarque.

Nous pensons aussi à nos frères et sœurs d'Haïti et de toute la diaspora haïtienne. Beaucoup continuent de souffrir de la violence, de l'instabilité, de la pauvreté et du déplacement. Des familles demeurent séparées. Pourtant, au cœur même de ces épreuves, la foi du peuple de Dieu continue de rayonner. Leur persévérance nous rappelle que l'espérance n'est pas l'absence de souffrance, mais la certitude que Dieu demeure présent au milieu de la souffrance.

Saint Boniface a lui aussi vécu des temps difficiles. Il a connu l'opposition, l'incertitude et le danger. Ce qui frappe le plus chez lui n'est pas seulement son courage, mais la source de ce courage. Il ne comptait pas sur ses propres forces. Il comptait sur le Christ.

Il connaissait ses limites et ses peurs. Il savait que la mission confiée par Dieu dépassait ses capacités. Pourtant, il a continué parce qu'il croyait que le Seigneur qui l'avait appelé lui donnerait également la force nécessaire pour persévérer. Cette leçon demeure essentielle pour nous aujourd'hui.

Trop souvent, nous essayons de porter seuls nos fardeaux. Nous nous appuyons sur nos propres plans et notre propre compréhension. Lorsque les difficultés surviennent, nous nous décourageons.

Mais le Seigneur nous invite sans cesse à mettre notre confiance en Lui. Le livre des Proverbes nous rappelle: « *Confie-toi au Seigneur de tout ton cœur et ne t'appuie pas sur ton intelligence.* » La confiance ne fait pas disparaître la tempête, mais elle nous ancre en Celui qui est plus grand que toutes les tempêtes.

Le monde n'a pas besoin de davantage de voix de peur, de division ou de désespoir. Il a besoin d'hommes et de femmes dont la vie proclame que le Christ est vivant. Il a besoin de chrétiens qui pardonnent quand il serait plus facile de nourrir la rancœur. Qui servent quand il serait plus facile de se retirer. Qui espèrent quand les autres abandonnent. Qui demeurent fidèles lorsque le chemin devient difficile.

Mes chers amis, ce n'est pas le moment d'abandonner le navire. Ce n'est pas le moment de se lasser de faire le bien. Ce n'est pas le moment de garder le silence sur notre foi. **C'est le moment de prier davantage. C'est le moment de faire davantage confiance au Seigneur. C'est le moment d'aimer plus généreusement. C'est le moment de demeurer fermement unis au Christ et les uns aux autres.**

Si vous traversez une épreuve aujourd'hui, ne perdez pas courage. Si vous vous sentez oubliés, souvenez-vous que Dieu ne vous oublie jamais. Si vous portez une lourde croix, souvenez-vous que le Christ la porte avec vous. Si vous êtes dans le deuil, souvenez-vous que la Résurrection a le dernier mot.

Depuis plus de deux mille ans, l'Église traverse les tempêtes de l'histoire. Pourtant elle poursuit sa route, parce que Jésus-Christ demeure à la barre. Le même Seigneur qui a apaisé la tempête sur la mer de Galilée continue de guider son Église aujourd'hui. Il ne nous a pas abandonnés. Et il ne nous abandonnera jamais.

Gardons donc les yeux fixés sur le Christ, notre refuge, notre force et notre espérance. Et lorsque les vents soufflent avec violence et que les vagues se déchaînent, souvenons-nous de cette vérité : **L'endroit le plus sûr n'est pas celui où il n'y a pas de tempêtes. L'endroit le plus sûr est celui où le Christ est présent.**

Que le Seigneur bénisse vos familles, fortifie les faibles, console les affligés, guérisse les malades, protège les plus vulnérables et renouvelle la foi de son peuple.

En vous confiant tous à la tendre protection de la Bienheureuse Vierge Marie, Étoile de la Mer, je demeure,

Dans le Christ,

**P. Vilaire Philius**

Curé